

ESTAMOS PISANDO SOBRE UNA REVOLUCIÓN. MÉXICO Y EL REFORMISMO UNIVERSITARIO ARGENTINO DE 1918

DOSSIER

PABLO YANKELEVICH - pabloy@colmex.mx
El Colegio de México

FECHA DE RECEPCIÓN: 16-06-18
FECHA DE ACEPTACIÓN: 16-07-18

Resumen

El artículo reconstruye y analiza la trama de sociabilidades, intercambios y debates entre el México revolucionario y el movimiento de la Reforma Universitaria en Argentina, en el campo intelectual de los años veinte latinoamericanos. Reconstruir el encuentro de la Revolución de 1910 con la que anunció el Manifiesto Liminar pone de manifiesto 1) el empeño de los revolucionarios mexicanos por publicitar su gesta, tratando de despertar solidaridades en Sudamérica para contrarrestar una campaña de signo opuesto del gobierno y la prensa estadounidense; 2) la gestión de José Vasconcelos desde la Secretaría de Educación Pública como el compromiso de una intelectualidad con la Revolución al servicio de una reforma cultural y política sin precedentes; 3) las recepciones e impactos del discurso y acción vasconcelianos en América del Sur, los debates en el Primer Congreso Internacional de Estudiantes (México, 1921), las agregadurías universitarias de México en Sudamérica y los principales debates de una generación crítica.

Palabras Clave: Reforma Universitaria. Revolución Mexicana. Intelectuales. América Latina.

Abstract

The article reconstructs and analyzes the plot of sociabilities, exchanges and debates between the revolutionary Mexico and the University Reform movement in Argentina, in the intellectual field of the Latin American twenties. Rebuilding the meeting of the 1910 Revolution with which he announced the Liminar Manifesto reveals 1) the efforts of the Mexican revolutionaries to publicize their deed, trying to awaken solidarities in South America to counteract a campaign of the opposite sign of the US government and press ;2) The management of José Vasconcelos from the Secretariat of Public Education as the commitment of an intelligentsia with the Revolution to the service of a cultural and political reform without precedents; 3) The Vasconcelian's receptions and impacts in South America, the debates at the First International Student Congress (Mexico, 1921), the university attachments of Mexico in South America and the main debates of a critical generation.

Key words: University Reform. Mexican Revolution. Intellectuals. Latin America.

Introducción

José Vasconcelos visitó Córdoba en la primavera de 1922. Sentado en el vestíbulo del Hotel Plaza, con la mirada puesta en las torres de la catedral, respondía las preguntas formuladas por un periodista de *La Voz del Interior*:

- _ ¿Córdoba es conocida en México?
 - _ Sí, a raíz del movimiento universitario del 18.
 - _ ¿Qué concepto tiene usted de ese movimiento?
 - _ Que era bueno porque ambicionaba reformas razonables que significaban un progreso a la par que una liberación de los viejos moldes. Muchas de las conquistas de esa Reforma las tenemos incorporadas en México desde hace muchos años
 - _ ¿.....?
- (La Voz del Interior, 6 de octubre de 1922)

159

El reportero expresó su extrañeza con esa muda interrogación, para de inmediato transcribir una larga respuesta de Vasconcelos respecto a las transformaciones que la Revolución de 1910 había introducido en la vida universitaria. No lo sabremos nunca, aunque es posible que aquella extrañeza volviera a instalarse cuando escuchó la conferencia que pronunció este “Ilustre mexicano” invitado por la universidad en que nació la Reforma del 18.

Vasconcelos llegó a Córdoba el mismo día que Lucien Lévy-Bruhl, aquel afamado sociólogo y antropólogo francés, pionero en el estudio de los procesos que constituyen el pensamiento en las sociedades primitivas. Fiel exponente del positivismo científico, y también invitado por la universidad, impartió una conferencia titulada “El método positivo en la moral”. Entre el público estuvo Vasconcelos sentado junto al gobernador de Córdoba, catedráticos y estudiantes (Los Principios, 5 de octubre de 1922).

Mientras escuchaba el alegato en favor de una moral fundada en la ciencia, Vasconcelos pergeñó la conferencia que impartiría el siguiente día en aquel mismo recinto. “Entonces se me ocurrió hablar de la moral que reniega de la ciencia en el

instante en que la ciencia la lleva a conclusiones inhumanas, como por ejemplo, la selección fundada en el aniquilamiento de los débiles o el capitalismo que explota a los desvalidos” (Vasconcelos, 1925:179). Y en efecto, alejado cualquier corrección protocolaria apuntó contra los “científicos”, aquellos teóricos de la “tiranía porfirista” que munidos de “las abstracciones de la filosofía positiva” gobernaron convencidos de “que la raza mexicana pertenecía a las inferiores y era fatal su decadencia”. No solo en México, también “en Argentina, se fomentaron prejuicios fundados en una antropología que condenaba a la decadencia a los individuos que no alcanzaban a tener un ángulo facial de noventa grados” (La Voz del Interior, 6 de octubre de 1922).

Vasconcelos precisó que la Revolución de 1910 clausuró un dramático periodo en la historia mexicana en que se hizo “intenso uso de la ley de la lucha por la vida y de la supervivencia de los más aptos”; para luego explayarse en el programa de refundación educativa y cultural que lideraba en compañía de los universitarios mexicanos. La expansión de la educación primaria, el fomento de las artes y los deportes, la creación de bibliotecas públicas, las publicaciones de traducciones de obras clásicas de la literatura universal, la promoción de la lectura a través de pequeñas bibliotecas ambulantes, “transportadas a lomo de mula a los distritos menos accesibles”, la formación de coros integrados por obreros. “En los días festivos, explicó, se organizan funciones cinematográficas para los obreros, y en todas estas actividades se confía a los estudiantes universitarios la explicación de temas prácticos, de aplicación inmediata como, por ejemplo, la organización de cooperativas”. Los hombres que gobernaban a México, habían desechado la europeización a ultranza, y “han renunciado a cualquier idea de predestinación de su pueblo, porque no existen pueblos privilegiados y condenados por la fatalidad. El destino lo hacemos nosotros mismos”. Y ese destino, debía abarcar todo el continente, por eso “México ofrece un ejemplo de consecuencia con los ideales latinoamericanos” (Los Principios, 6 de octubre de 1922).

En la prensa cordobesa se anotó que el discurso “fue largamente aplaudido” (Los Principios, 6 de octubre de 1922). El mismo Vasconcelos apuntó que en aquella oportunidad “me burlé del darwinismo spenceriano juzgándolo de moral zoológica. Expliqué que toda la educación pública en México había sido

reorganizada conforme a la tesis de igualdad del indio y el blanco, y en consciente oposición de la doctrina que ciertos países profesan como parte de una campaña del imperialismo para la conquista de los mercados. A los muchachos les pareció bien mi tesis y me aplaudieron” (Vasconcelos, 1925:179).

Lucien Levy-Bruhl llegó a Córdoba con el prestigio de haber publicado dos décadas antes *Las funciones mentales de las sociedades inferiores*, y Vasconcelos se fue de Córdoba con las primeras notas de su célebre libro *La Raza Cósmica*. En los años que median entre una u otra obra se derrumbaron certezas que justificaron órdenes políticos y progresos materiales dejando al desnudo regímenes fundados en fraudes y exclusiones. Y en aquellos años, la Reforma de 1918 se encontró con la Revolución Mexicana para terminar alentando expectativas refundacionales ante el quiebre civilizatorio impuesto por la Primera Guerra Mundial.

En junio de 1918, el *Manifiesto Liminar* pregonó “estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana” (Federación Universitaria Argentina, 1959: 84), y en el otro extremo del continente, una Revolución se empeñaba en hacer público su afán de acortar la distancia entre injusticias seculares y el anhelo de fundar un nuevo orden. En este artículo, interesa exhibir la trama de relaciones entre México y Argentina que se expresaron aquella noche de octubre de 1922, cuando al concluir su conferencia, según relató Vasconcelos, junto a “estudiantes y profesores, a pie, entre gritos, risas y aplausos, atravesamos la población, nos congregamos en los andenes de la estación de ferrocarril y dejamos Córdoba entre un coro de efusivos adioses” (Vasconcelos, 1925: 179).

Reconstruir del encuentro de la Revolución de 1910 con la que anunció el *Manifiesto Liminar* obliga a referir tres circunstancias: la primera, el empeño de los revolucionarios mexicanos por publicitar su gesta, tratando de despertar solidaridades en Sudamérica para contrarrestar una campaña de signo opuesto orquesta desde el gobierno y la prensa estadounidense; la segunda, la gestión de José Vasconcelos que puede interpretarse como el compromiso de una intelectualidad con la Revolución al servicio de una reforma cultural sin antecedentes en la América Latina de entonces; y la tercera circunstancia alude al impacto de la labor de Vasconcelos en espacios latinoamericanos particularmente sensibles a propuestas como las mexicanas.

Las ideas vasconcelianas interceptaron a otras que venían de procesos marcados por el ascenso e incorporación de sectores de clases medias a una lucha política dirigida a impugnar viejos órdenes políticos. Protagonista crucial de este proceso fueron los estudiantes universitarios, y a su lado un núcleo de intelectuales que integraron la *Generación de la Reforma*. Esa Reforma fue tributaria de una coyuntura que terminó por definir sus contenidos sustanciales, uno de ellos fue la Primera Guerra Mundial. Esa guerra clausuró un ciclo histórico fracturando el cosmopolitismo para dar cabida a nuevos acercamientos a las realidades nacionales. “El suicidio de los bárbaros” en palabras de José Ingenieros, obligó a volver la mirada a América, y aquí, la Revolución Mexicana prometía forjar una nueva conciencia, nacionalista y anticosmopolita, cargada de un espiritualismo defensivo.

La expansión de la Reforma por América Latina facilitó el encuentro con México revolucionario. La oposición que generaron las demandas estudiantiles en las diferentes naciones, permitió ensanchar reclamos meramente universitarios para trascender hacia posiciones que impugnaban los regímenes políticos. La experiencia argentina, a pesar de la incapacidad para constituirse en fuerza política independiente, detonó la conciencia política de las capas medias; mientras que en Perú, la Reforma pudo traducir las aspiraciones estudiantiles en un programa y una organización política, el APRA, fundado en México bajo la conducción de Víctor Raúl Haya de la Torre, cuyo liderazgo remite a su militancia estudiantil (Marsiske 1989; Portantiero, 1978).

Desde el reformismo universitario se transitó hacia la definición de proposiciones políticas que permitieron pensar América Latina desde nuevos miradores, cimentando posturas antimperialistas, antioligárquicas y antilatifundistas desde donde se combatió a dos instituciones pilares del orden oligárquico: el ejército y la iglesia católica (Funes, 2006).

Las claves ideológicas de las expresiones políticas del reformismo universitario fueron heterogéneas: socialismo, humanismo cristiano, espiritualismo, nacionalismo y corrientes de los primeros marxismos latinoamericanos compartieron un espacio en el que se expresaron los sectores más avanzados de vanguardia intelectual. Al concluir la década del veinte, distancias doctrinales decantaron los

horizontes teóricos. La ortodoxia de la III Internacional Comunista obturó la reflexión política, y la intolerancia de un marxismo centro-europeo condenó las realidades latinoamericanas a la agenda de "la cuestión colonial". De este modo, el pensamiento de aquella vanguardia se fragmentó de manera irreconciliable hasta privarlo de la imaginación política con la que intentó aprehender la realidad continental (Melgar Bao, 1980; Aricó, 1982; Concheiro et al., 2007; Kerssfield, 2012; Bergel, 2015; Bustelo, 2014).

En 1923, el estudiantado cubano asumió las banderas de los universitarios argentinos y peruanos. En un momento de abierto recelo a posiciones reformistas confinadas al medio universitario, Julio Antonio Mella presidía el Primer Congreso Nacional de Estudiantes de Cuba (Hatzky, 2008). En aquel año la Reforma en Argentina resistía la embestida del gobierno de Marcelo T. de Alvear, y en Perú, el presidente Augusto Leguía ya había desterrado a Haya de la Torre. Mella se preguntó entonces, "¿Puede ser un hecho la Reforma Universitaria? Y respondió:

Vemos muchas dificultades para que los postulados de la Reforma se implanten totalmente. Para un cambio radical es necesario el concurso del gobierno. ¿Es capaz un gobierno de los que tienen hoy la América, en casi todas sus naciones, abrazar íntegramente los principios de la revolución universitaria? (Mella, 1978: 352).

163

La excepcionalidad mexicana

En perspectiva continental, las respuestas a estas preguntas recortan a México como una excepción. La ancha reforma pedagógica y cultural puesta en marcha por los gobiernos de la posrevolución desdibujó reivindicaciones meramente universitarias, para asumirse como parte de un proyecto dirigido a combatir la pobreza y el atraso. Y aquella reforma pedagógica y cultural tuvo a Vasconcelos como su principal responsable.

Los temas que movilaron a los universitarios del continente se entrelazaron con las ideas y el actuar de Vasconcelos quien, al igual que los estudiantes, estaba convencido que la "hora americana" había llegado (Fell, 1989). Las huellas de José Enrique Rodó son identificables en un diagnóstico vasconceliano construido desde el convencimiento de que las fronteras civilizatorias eran en realidad fronteras mentales: "solamente la parte ibérica del continente dispone de los factores

espirituales, raza y territorio que son necesarios para iniciar la era universal de la humanidad" (Vasconcelos, 1925: 39). En oposición al mundo sajón, Vasconcelos identificó los obstáculos que impedían la consolidación de lo que llamaba el ideal hispanoamericano, y entre ellos, la historia era fundamental. Resultaba indispensable asumir la herencia hispana, en tanto momento fundador del ingreso del continente a la historia universal. Sin entender esa herencia resultaba inútil cualquier esfuerzo por superar los lastres derivados de ella. En la prosecución de este objetivo, Vasconcelos preconizó una revolución en los espíritus, una transformación profunda en las mentalidades que debía ser acompañada de cambios políticos y económicos.

Estas proposiciones apuntaron a la juventud, entonces considerada el único sector con suficientes reservas morales y voluntad colectiva para conducir el tránsito hacia nuevas formas de convivencia social. Los estudiantes fueron los interlocutores del proyecto vasconceliano y a ellos se dirigió convocándolos a participar de una experiencia política cultural inédita.

Las banderas de la "revolución estudiantil" (Vasconcelos, 1925: 175) como calificó Vasconcelos a las jornadas cordobesas de 1918, se desplegaron en una atmósfera cultural de dimensión continental, y esa atmósfera comenzó a expandirse cuando en 1920 llegó a la rectoría de la Universidad Mexicana y poco después a la Secretaría de Educación Pública. México, se acercaba a la utopía y la juventud universitaria fue parte consustancial de lo que Daniel Cosío Villegas, entonces líder universitario, refirió como un:

Ambiente evangélico para enseñar a leer y escribir al prójimo; entonces se sentía [...] que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como saciar la sed o matar el hambre. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas, sus esperanzas. Entonces se sentía fe en el libro [...] y se imprimieron por millares, y por millares se obsequiaron. [...] Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos de los turistas [...]. Entonces el teatro fue popular, de libre sátira política, pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios, de virtudes y de aspiraciones (Cosío Villegas, 1966).

El liderazgo de Vasconcelos cruzó los linderos nacionales alimentando la oposición a regímenes dictatoriales. Una muestra de ello fue la condena a la dictadura de Juan Vicente Gómez en Venezuela. Desde la rectoría de la Universidad Nacional, en octubre de 1920, Vasconcelos se refirió a Gómez como “el más monstruoso, el más repugnante y el más despreciable de todos los déspotas”; alentando la solidaridad de los estudiantes mexicanos con los venezolanos que “han sido encarcelados, perseguidos, y lo que han podido escapar a la venganza de “ese cerdo humano que deshonra a nuestra raza” (Vasconcelos, 1921a: 178 -179).

Ante las quejas de la diplomacia venezolana (Sosa León, 2006) y las que desde México pedían su destitución (Excélsior, 14 de octubre de 1920); el rector puso su renuncia a la consideración de Adolfo de la Huerta, entonces presidente interino de México, no sin antes responder a sus críticos sentenciando: "la verdad no pide excusas", para de inmediato preguntar: "¿en dónde está el impulso y el ardor de la juventud, [...] o se van a asustar todos, como se asusta el burgués porque ha sido insultado un verdugo?" (El Demócrata, 15 de octubre de 1920).

El presidente de México rechazó la renuncia ante las muestras de solidaridad que el rector recibió en cartas de estudiantes, profesores, intelectuales, diputados, senadores, gobernadores de México (El Demócrata, 16 de octubre de 1920), además de las enviadas por universitarios venezolanos radicados en México, Estados Unidos, Cuba, Santo Domingo y Panamá (Universidad Nacional de México 1921). En abril de 1921, la situación venezolana volvía a ocupar a los universitarios mexicanos. Cuando llegó la noticia del encarcelamiento de estudiantes caraqueños interesados en reorganizar su disuelta Federación Universitaria, los estudiantes mexicanos hicieron suyo el exhorto de Vasconcelos. Manifestaciones de estudiantes llenaron las calles de la ciudad de México y de algunas del interior (El Demócrata, 29 de abril de 1921), al tiempo que el rectorado emitió un comunicado indicando que

La Universidad de México, hondamente conmovida por la infamia que se comete en las personas de estudiantes latinoamericanos, levanta su voz de denuncia e invita a los intelectuales de todo el continente y a las universidades de la América del Norte y de la América del Sur para que hagan presión sobre sus respectivos gobiernos, con el objeto de que se llegue pronto a una solución

radical, para que Venezuela, nuestra hermana martirizada, torne a ser libre y grande (Vasconcelos 1921b: 190-191).

En aquellos días, el presidente Álvaro Obregón tomó la protesta a las nuevas autoridades de la Federación de Estudiantes de México. La ceremonia fue escenario de renovadas nuevas muestras de apoyo a los venezolanos, y también de mensajes de federaciones colegas en América Latina rindiendo homenaje "a la juventud mexicana como la más interesada en nuestro continente por la unión indoamericana" (Excélsior, 8 de mayo de 1921).

Los universitarios mexicanos, poco después, solicitaron ayuda a Obregón para gestionar la liberación de los presos venezolanos y su posterior traslado a México para continuar sus estudios en la Universidad Nacional. México comenzaba a perfilarse como territorio de refugiados latinoamericanos, lugar de encuentros y de confabulaciones revolucionarias. Los perseguidos venezolanos, seguidos por centroamericanos, antillanos y peruanos fueron los primeros en llegar a lo largo de aquella década (Ribera Mir, 2014).

Combatir la ignorancia y la tiranía obligaba a reconocer que sus causas radicaban en el caudillismo militar, el latifundismo y clericalismo. Estos eran los bastiones de un poder que obstaculizaba la elevación moral de pueblos llamados a compartir un destino común. En México, afirmaba Vasconcelos, la Revolución se hizo para romper "el monopolio de la tierra y el monopolio de la política, la explotación del trabajador y la tiranía, el reeleccionismo, el militarismo en la política" (Fell, 1989: 561). Y esas posiciones las defendió dentro y fuera de México. En noviembre de 1922, en Santiago de Chile, en la sede de la Universidad, frente al presidente Arturo Alessandri, integrantes de su gabinete y autoridades universitarias, responsables de reprimir a un sector del movimiento estudiantil partidario del reformismo universitario, Vasconcelos señaló:

Las universidades las paga el Estado con dinero de los pobres, y primero que otra cosa deben enseñar a los hombres a mejorar su condición económica individual y a romper las desigualdades injustas. Romper el privilegio, romper la casta; estudiar los métodos por los cuáles se logre dar a la tierra a quien la labre y el pan a quien lo trabaja; ese es el objetivo primordial de la filosofía moderna y de la Universidad moderna (Vasconcelos, 1925: 162).

Días más tarde, en claro desafío a las advertencias formuladas por un jefe del ejército chileno para que se abstuviera de asistir a un acto organizado por aquellos mismos estudiantes, Vasconcelos volvía a cargar contra los enemigos del ideal. Se detuvo en las causas, personajes y anécdotas de la Revolución de 1910, "para ir pintando situaciones idénticas a las que creía existían en Chile" (Vasconcelos, 1925: 277). Pasó revista al problema del latifundio, a la supervivencia del poder clerical, explicó la reforma agraria, habló de salarios mínimos y sostuvo que como en defensa de todas las injusticias siempre se alza el ejército "este mal que en México, como en otras latitudes ha sido el instrumento de que se han servido todos los opresores" (Secretaría de Educación Pública, 1923: 750). Los ataques en la prensa chilena recrudecieron, lo acusaron de agitador (El Diario Ilustrado, 5 de noviembre de 1922). Entre tanto, en una reunión con artistas, escritores y periodistas volvió a insistir: "Los militares son una fuerza inconsciente, que no sabe a dónde va ni quien la maneja, la desgracia de México, la desgracia de Chile, la desgracia de la América Latina, consiste en que hemos estado gobernados por la espada y no por la inteligencia". Había que constituir un ejército de "soldados del ideal", nutrido con las fuerzas que él creía representar, porque "tarde o temprano, los otros, los inconscientes, tendrán que seguir la ruta que les marquemos nosotros" (Vasconcelos, 1925: 281).

En el horizonte latinoamericano México y su revolución asumieron contornos ejemplares, y en ese horizonte relucía la figura del mexicano. "Vasconcelos, puede tener la seguridad de que los estudiantes chilenos comprenden su significación y siguen su silueta intelectual", escribió Raúl Silva Castro, Secretario de la Federación de Estudiantes de Chile (Silva Castro, 1922: 3). Aunque, la centralidad que adquirió su figura reconoce antecedentes que Vasconcelos supo y pudo capitalizar.

La hirviente inquietud estudiantil

El más lejano de estos antecedentes remite a los contactos de Manuel Ugarte con la intelectualidad mexicana en primera década del siglo pasado, y sobre todo a la ancha movilización antinorteamericana que lideró cuando las tropas

estadounidenses invadieron el puerto de Veracruz en abril de 1914. Acogido por los estudiantes de la Federación Universitaria de Buenos Aires, Ugarte tejó una red de “Comités pro-México” a lo largo de Argentina que lograron instalar la imagen de México como baluarte de los pueblos hispanoamericanos resistiendo los embates del Calibán sajón (Yankelevich, 1995).

Esta movilización fue aprovechada en una estrategia ideada por los revolucionarios mexicanos para tejer simpatías en el entorno latinoamericano. No por casualidad, Isidro Fabela, protagonista de primer orden en la política exterior de Venustiano Carranza, se instaló en Buenos Aires en 1916 y a lo largo de un año abrió la brecha que Vasconcelos transitaría poco después.

Fabela planeó una copiosa campaña de prensa, y fundamentalmente consiguió vincularse a una parte de la intelectualidad de izquierda tanto en Buenos Aires como en Santiago de Chile. Estableció contacto con las federaciones de estudiantes de ambas naciones, y su valija diplomática fue usada para que viajaran cartas y documentos que intercambiaron los universitarios sudamericanos. En una sesión de la Consejo Directivo de la FUBA en octubre de 1917, Gabriel del Mazo emitía su voto favorable para que el Ministro Plenipotenciario de México sirviera de intermediario en la empresa de “robustecer las relaciones entre tres grandes naciones latinoamericanas” (AHIF expediente IF/IV.7-008). Semanas más tarde, Carlos Gutiérrez Urrutia, presidente de la Federación de Estudiantes de Chile, reconoció a Fabela con estas palabras:

No hace mucho, vuestra nación sangraba y una amenaza se cernía pavorosamente sobre ella. Un hombre, nacido en Argentina, desarraigado de todo interés egoísta recorría el continente en predica de respeto a vuestras desgracias nacionales y en solidaridad con vuestro sueño de justicia social. Hubo un rincón de América donde, sin gran esfuerzo esa prédica encontró eco vibrante. Ese rincón no fue otro que este suelo, y ese hombre no fue otro que Manuel Ugarte. Es así como hoy Argentina, México y mi patria se unen en el corazón de su juventud (AHIF expediente IF/IV.7-008).

Manuel Ugarte muy pronto fue parte de la cruzada en favor de México que orquestó Fabela. Invitado por el gobierno viajó a México en mayo de 1917 para desenvolver una agenda de actividades que incluyeron entrevistas con el presidente Carranza, conferencias universitarias y reuniones con los estudiantes (Ugarte, 1922: 81). Convencido en la justicia de la causa mexicana que en aquel entonces, además, enarbolaba la bandera de la neutralidad ante las presiones del gobierno estadounidense para que el país ingresara a la Primera Guerra Mundial, Ugarte se convirtió en un firme defensor de la Revolución Mexicana. A lo largo de la travesía de regreso a Buenos Aires, espació nociones de un México ejemplar: “puedo afirmar, [declaró a un periodista peruano] que el gobierno de Carranza marca el primer momento en que una república latinoamericana se ha atrevido a erguirse ante los Estados Unidos, iniciando una política de emancipación” (El Tiempo, 17 de julio de 1917). Al llegar a Santiago de Chile afirmó “la Revolución Mexicana no ha sido un simple choque entre jefes, ha sido una remoción fundamental de la vida del país” (El Mercurio, 5 de agosto 1917). Y ya en Buenos Aires, insistió “he recorrido la República Mexicana y puedo afirmar que México se encuentra actualmente en plena era de reconstrucción” (La Unión, 4 de octubre de 1917). La prédica de Ugarte alimentó el torrente de un discurso juvenilista que al poco tiempo se transformaría en voluntad colectiva para confluir en las movilizaciones de la Reforma. Era común encontrar a los futuros líderes universitarios, como Gregorio Bergman y José María Monner Sans, en actos y movilizaciones convocadas por la Asociación Latinoamericana que lideraba Ugarte (Bustelo, 2014: 114). No por casualidad, en abril de 1918, en el acto de fundación de la Federación Universitaria Argentina, Ugarte participó con el principal orador. La Reforma estaba en marcha, y en las proclamas estudiantiles impregnadas de fervor latinoamericano, se advertía la impronta ugarista.

Entre tanto, Fabela se encargaba de rescatar del ostracismo e incorporarlos a labores de diplomacia cultural a intelectuales de primer orden, fue el caso de Luis G. Urbina, quien realizó un viaje para dictar cursos y conferencias en Argentina, Paraguay y Chile en 1917. Fabela insistió en reeditar la antigua tradición de convocar al servicio diplomático a reconocidos hombres de letras. Durante la presidencia de Carranza, la incorporación más importante fue la de Amado Nervo,

quien en 1919 se trasladó al Río de la Plata para asumir la representación mexicana ante los gobiernos de Buenos Aires y Montevideo. Algo similar ocurrió con el poeta José Juan Tablada designado ministro plenipotenciario en Bogotá. Personajes de menor calado, como los escritores Juan Delgado y Antonio Mediz Bolio asumieron responsabilidades diplomáticas en Centroamérica. Esta política fue continuada durante los años veinte. El poeta Enrique González Martínez fue apostado primero en Santiago y después en Buenos Aires, y en esta última ciudad fue reemplazado por Alfonso Reyes. Se nombraron embajadores de la cultura, para que desde el prestigio de sus nombres, aportaran al esfuerzo de despertar simpatías por el lejano México, aquel que en palabras de Vasconcelos “repugna a ratos por sanguinario pero se hace perdonar por los poetas” (Vasconcelos, 1925: 262).

En consonancia con el activismo universitario en Sudamérica, Fabela ideó que una misión de estudiantes universitarios mexicanos realizara una gira por Lima, Santiago, y Buenos Aires. Producto de este viaje y a instancias del Congreso Estudiantil de México se negoció con el presidente Carranza la creación de las “agregadurías universitarias” con el expreso objetivo de “hacer labor de acercamiento entre México y América Latina”. De este modo, México apostó delegados universitarios en Argentina, Colombia y Venezuela, Chile, Brasil y Uruguay (El Universal, 12 de septiembre de 1918). Una breve descripción de las tareas que desempeñó uno de estos jóvenes fue realizada por Enrique Enríquez, entonces encargado de negocios de México en Buenos Aires. En el informe de las actividades realizadas por el agregado universitario Luis Padilla Nervo, indicó que había cumplido con toda satisfacción responsabilidades encaminadas a acrecentar “el intercambio con las clases estudiantiles”, asistió a reuniones científicas, disertó sobre “nuestros problemas nacionales y sostuvo entrevistas con personalidades como José Ingenieros, Paul Groussac, Leopoldo Lugones, José O. Bunge, además de estrechar contactos con las principales federaciones de estudiantes universitarios de La Plata, Buenos Aires, Tucumán y Córdoba” (ASREM-AREMARG 1918-1921). Esta experiencia diplomática se canceló tras el derrumbe del gobierno de Carranza, pero sus sucesores sacaron réditos de ella e incrementaron la presencia mexicana en Latinoamérica. Entre julio y noviembre de 1921, el académico Antonio Caso

visitó Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y Río de Janeiro (ASREM Antonio Caso expediente LE 1350, folios 2, 12 y 23). Una sucesión de conferencias hilvanaron la gira que puso en contacto a este profesor con los círculos universitarios de Sudamérica. En sus conferencias, Caso impugnó certezas positivistas a partir de posturas impregnadas de vitalismo bergsonian. La inevitable asociación entre los postulados doctrinales y el lugar de pertenencia del conferencista permitieron, sobre todo en Perú, iniciativas opositoras al gobierno de Augusto Leguía. La oratoria de Caso conquistó al público universitario limeño, entre el que figuró un contingente de estudiantes liderados por Víctor Haya de la Torre, destinatario de los mensajes que entregó Caso en nombre de la Federación de Estudiantes de México. La presencia del mexicano activó reclamos por la reapertura de la Universidad de San Marcos, clausurada meses antes. La Federación de Estudiantes Peruanos organizó una reapertura simbólica para que Caso disertara sobre *La individualidad, la personalidad y la divinidad*. Tras el conferencista se escudó la dirigencia estudiantil, y aquella disertación fue también espacio de exigencias hasta que al caer la tarde, "ciertos barrios contemplaron atónitos el desfile bullicioso de un reducido grupo de estudiantes y obreros [...] viviendo a la libertad, a México y al maestro Caso" (Sánchez, 1934: 73-74).

171

Mientras tanto, en aquel 1921 y con motivo de primer centenario de la consumación de la independencia, en una atmósfera de exacerbado latinoamericanismo, el presidente Alvaro Obregón hizo suyas las proposiciones vasconcelianas anunciando el compromiso de su gobierno ante los desafíos de la posguerra:

México se propone levantar constantemente el nivel moral y mental de su pueblo, cosa de que ya da señales evidentes, aunque modestas, reduciendo su presupuesto de guerra y aumentando su presupuesto de educación pública [...]. Y en esta noble labor, el esfuerzo de México no se encerrará dentro de sus fronteras, sino que saldrá de ellas para ir a trabajar, con eficacia, cerca de todos los países que se encuentren en condiciones menos favorables para desarrollar esa labor, y que crean como México que son los factores espirituales los que darán cuerpo a la grandeza de los pueblos y harán posible el bienestar humano. La fuerza bruta es

incapaz de victorias definitivas. La inteligencia y la cultura son llamadas gobernar el mundo (El Universal, 1 de septiembre de 1921).

Estas ideas recortaron la coyuntura en que tuvo lugar el Primer Congreso Internacional de Estudiantes, convocado bajo los auspicios de Obregón y Vasconcelos. El anuncio lanzado por los estudiantes cordobeses, "estamos pisando una revolución, estamos viviendo la hora americana", encontró una amplia caja de resonancia en aquella reunión encabezada Daniel Cosío Villegas en tanto presidente de la organización de los estudiantes universitarios de México (Moraga Valle, 2014). Muchos años después, en sus *Memorias*, Cosío Villegas señalaría que en aquel momento no tenía una idea precisa de los postulados la Reforma, en clara referencia a la exigencia de instituir cátedras libres para escapar de la mediocridad académica reinante en la universidad cordobesa; y que la delegación argentina fue la responsable de explicar estos asuntos (Cosío Villegas, 1977: 72). En efecto, los vínculos entre los jóvenes estudiantes de México y Argentina no se tendieron a partir de reclamos constreñidos a las aulas universitarias, sino desde el convencimiento de "estar pisando una revolución" y del compromiso más ético que político de ser protagonistas de un proceso de transformación profunda. Esa convicción Cosío Villegas la expresó claramente al apuntar que para triunfar un movimiento social "requiere de una ideología y de una nueva generación, y esa generación somos nosotros. [...] nuestra ideología es la de la Revolución, porque nosotros queremos revalorar todo, renovar todo" (Citado por Krauze, 1991: 55-56).

Para muchos, aquel Congreso fue una oportunidad para confrontar los hechos y las promesas de la Revolución con las imágenes que circulaban en América Latina. Entre el 20 de septiembre y el 8 de octubre de 1921 sesionaron delegados de dieciséis naciones. La presencia latinoamericana fue mayoritaria y en ella, apuntó Cosío Villegas (1977), "la delegación que llamó más la atención fue la argentina"

(p.72)¹. Con la confianza que otorgaban sus recientes victorias, los delegados argentinos se ubicaron en un registro similar al que expresaba Cosío Villegas:

Venimos, expresó Héctor Ripa Alberdi, delegado la Federación de Estudiantes de la Universidad de La Plata, de los campos de combate donde derribamos los muros de la vieja universidad detenida en el pensamiento del pasado siglo, venimos de vencer a las fuerzas reaccionarias que nos impedían dar el paso definitivo de la liberación (Universidad Nacional de México, 1921: 83, 86 y 90).

Vasconcelos explicó los motivos por los que su nación constituía el escenario idóneo para aquel congreso de jóvenes universitarios. Con razón supuso que la mayoría de congresistas recibían noticias de que “México es un país turbulento donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida difícilmente”, era imprescindible hacer saber que esas guerras tenían su origen en luchas por la libertad contra la opresión y la injusticia.

Pensad en el más alto ideal político teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de clericalismo siempre al acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas frente a crímenes horrendos. Tal es el terreno en que os encontráis y que yo considero propicio para las discusiones graves (Universidad Nacional de México, 1921: 79-83).

En el balance de Cosío Villegas sobre esta reunión, anotó que fue “muy importante, en primer lugar para nosotros mismos los estudiantes mexicanos, luego para los visitantes extranjeros, que se asomaron a un país que había hecho una revolución de fondo” (Cosío Villegas, 1977: 70). Los delegados de Argentina y México tendieron un puente de coincidencias y, en palabras de Pedro Henríquez Ureña, “dominaron el Congreso con su devoción ardiente a las nuevas ideas de regeneración social e impusieron las generosas resoluciones adoptadas” (Henríquez Ureña, 1960: 301). Los acuerdos finales expresaron la voluntad por

¹ La delegación argentina estuvo integrada por Héctor Ripa Alberdi, Arnaldo Orfila Reynal, Miguel Bochil, Enrique Dreyzin y Pablo Vrillaud, en representación de la Federación Universitaria Argentina y de las Federación de Buenos Aires, La Plata, Córdoba y Santa Fe.

asumir compromisos acordes a un diagnóstico compartido: "la juventud universitaria luchará por el advenimiento de una nueva humanidad sin la explotación del hombre por el hombre". Por una humanidad opuesta a los estrechos nacionalismos y "orientada a la integración de los pueblos en una comunidad universal". La demanda de construir regímenes democráticos se expresó en la condena a los gobiernos tiránicos en América Latina, en la defensa del principio de autodeterminación de las naciones y en la oposición imperialismo estadounidense (Universidad Nacional de México, 1921b).

En ese Congreso se pusieron las bases de redes de intercambios intelectual y de empresas culturales de pretensiones continentales (Neubauer, 2018). La vinculación del dominicano Pedro Henríquez Ureña con Argentina se inició en aquellos días. Los jóvenes argentinos literalmente lo descubrieron,

Cuando preguntábamos su nombre se nos decía en voz baja que era uno de los hombres más cultos de habla española. Era un erudito y dirigía una rama del proceso de transformación educacional de Vasconcelos. Había sido maestro del grupo renovador del México antiporfirista y anticientífico" y en aquellos días tan esperanzados del mundo de la posguerra, compartió con nosotros la hirviente inquietud estudiantil (Díaz Arciniega, 1993: 41).

174

Los universitarios rioplatenses fueron agasajados por la hospitalidad mexicana. José Vasconcelos y Daniel Cosío Villegas invitaron a la delegación argentina para que en compañía de Ramón del Valle Inclán, Pedro Henríquez Ureña y Julio Torri recorrieran el país a bordo de un carro de ferrocarril especialmente fletado. De manera que "los intensos días del viaje permitieron que del encuentro surgiera la base de una estrecha amistad" que perduraría el resto de sus vidas.

Una parte de la delegación rioplatense se embarcó a Europa. Estuvieron en Lisboa, Madrid y París. En La Sorbona "nos recibieron con simpatía", y en Madrid los resultados "fueron extraordinarios", básicamente por las cartas de presentación firmadas por Vasconcelos y Torri, para ser entregadas a Alfonso Reyes, entonces Encargado de Negocios de México. Gracias a estas gestiones se establecieron contactos con grupos universitarios e intelectuales, entre ellos, indica Orfila

Reynal, “conocía a personas con las que trataría durante muchos años: Enrique Díez Canedo, Manuel Azaña y Cipriano Rivas Cherif” (Díaz Arciniega, 1993: 42).

De regreso en Argentina, Orfila Reynal sumó su esfuerzo junto a otros universitarios e intelectuales, para constituir un espacio de referencia obligada de vínculos y actividades entre México y Argentina. Así, por ejemplo, Orfila Reynal todavía estaba en Europa, cuando descendieron en el puerto de Buenos Aires "dos cajas y un baúl conteniendo libros y objetos arqueológicos" enviados por Vasconcelos al joven congresista. La legación mexicana hizo los trámites aduanales garantizando su entrega a un destinatario que, al poco tiempo, fue responsable de "montar una exposición de cultura mexicana" en la ciudad de Buenos Aires (ASREM-AREMARG 1922). Los lazos de Orfila Reynal con México se prolongarían a lo largo de su vida, primero como responsable de la sucursal de la Fondo de Cultura Económica en Buenos Aires, editorial que había fundado Daniel Cosío Villegas en 1934, después como director general de esa casa editorial en México, y por último como fundador y director de Siglo XXI editores.

Una trama más de esa red se tejió cuando Vasconcelos, acompañado por cercanos colaboradores, visitó Brasil, Argentina, Uruguay y Chile en 1922. En la escala argentina de esta travesía dos episodios merecen destacarse. El primero tuvo lugar en la Universidad de La Plata, en octubre de aquel año, cuando Pedro Henríquez Ureña en una famosa conferencia prefiguró *La utopía de América*. México estaba embarcado en la promoción del entrecruzamiento de dos grandes tradiciones: la indígena y la española, y así "está creando una vida nueva, afirmando su carácter propio, declarándose apto para fundar su tipo de civilización". Frente a una civilización europea que tras la guerra puso a la humanidad al borde del "infierno social", México marcaba un rumbo que debía expandirse a nivel continental: "Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin hacia nuestra utopía" (Henríquez Ureña, 1925: 1-4).

El segundo episodio sucedió cuando aquella utopía fue asumida por José Ingenieros en un homenaje a Vasconcelos. *Por la Unión Latinoamericana* fue el título de un discurso que muy pronto resonó en la geografía continental. En las

palabras de Ingenieros cristalizó la más elocuente imagen que, de la Revolución mexicana, se instaló en conciencia de aquella generación:

Saludamos a todos los hombres de esa generación de mexicanos que ha emprendido la obra magna de regenerar las costumbres políticas; que ha emprendido la reforma educacional, que ha emprendido la reforma social. Estas hermosas iniciativas [...] hacen que hoy México merezca, además de nuestra simpatía, nuestro estudio. Convertido en vasto laboratorio social, los países de América Latina podremos aprovechar muchas de sus enseñanzas para nuestro propio desenvolvimiento futuro (Ingenieros, 1922: 438).

Entre la conferencia de Henríquez Ureña en La Plata y las palabras de Ingenieros en Buenos Aires, Vasconcelos visitó Córdoba y allí se burló de la “moral zoológica” de los darwinistas spencerianos. En realidad, más que una burla aquello fue una muestra de la potencia con que los mexicanos transgredieron, hasta poner de cabeza, una forma de hablar y de hacer política en América Latina.

A su regreso, Vasconcelos continuó promoviendo encuentros entre juventudes universitarias y hombres de la cultura en América Latina. A mediados de 1922, Gabriela Mistral fue incorporada al quehacer educativo de México. Poco después llegó a Víctor Raúl Haya de la Torre. La decisión de exiliarse en México no fue ajena a las gestiones de Vasconcelos, fue él quien personalmente tramitó los recursos financieros para el traslado desde Panamá del líder peruano (AGN-GDAO, expediente 121). “Hayita” como lo llamaba, se incorporó a la Secretaría de Educación Pública, y por un breve tiempo fue su secretario particular. Esta experiencia dejó una huella profunda en la trayectoria de Haya de Torre; tanto por las vinculaciones y recomendaciones que facilitaron su actuación Europa; como en la dimensión continental y el perfil antimperialista de un programa de acción, cuyos puntos esenciales cristalizaron en la fundación del APRA (Melgar Bao, 2003). A México apuntaban los mensajes de los universitarios de América Latina. En 1923, los estudiantes de Colombia confirieron a Vasconcelos el nombramiento de “Maestro de la Juventud” (ASREM, Estudiantes, expedientes 18-22-71 y 21-5-124). Alrededor su figura se fue ampliando el núcleo de latinoamericanos. A Henríquez

Ureña, Haya de la Torre y Gabriela Mistral, se sumaron los hondureños Salomón de la Selva y Rafael Heliodoro Valle, se intentó incorporar a la uruguaya Juana de Ibarbourou, "no aceptó la poetisa insigne, anotó Vasconcelos, pero el anuncio de su invitación fijó las miradas en el foco de México" (Vasconcelos, 1982: 120).

El país se desbordó hacia América Central, por iniciativa de Vasconcelos fue fundada una red de bibliotecas populares nutridas con libros enviados desde México.

Digna de todo encomio es la gestión amplísima que el gobierno mexicano desarrolla con los pueblos de América Latina, se apuntaba en un periódico hondureño, todo esto indica que va hacia adelante la solidaridad intelectual y moral de la América Española y que México está gloriosamente a la vanguardia (Excélsior, 31 de agosto de 1921).

Es resumen, el reformismo universitario, el juvenilismo y el antiimperialismo que estalló en la Córdoba de 1918, fueron interceptados por una generación de revolucionarios mexicanos permitiendo anudar redes que impactaron largamente en la política y la cultura latinoamericana. Por esas redes transitaban desde debates y estrategias para revolucionar órdenes políticos, hasta experimentos en el campo del ensayo, la literatura y las artes plásticas. México se constituyó en territorio de destierros antidictatoriales, y al calor de renovadas sociabilidades cristalizaron proyectos en que participaron intelectuales de toda América Latina. Sin duda, el liderazgo cultural de Vasconcelos activó aquellas redes al convencer de que los reclamos de renovación de la Reforma cristalizaban en las realizaciones de la Revolución mexicana. Fue entonces que la voluntad transformadora de toda una generación de mexicanos salió al encuentro de aquella otra representada por los jóvenes de 1918, y muchos de ellos, seguramente, "entre gritos, risas y aplausos" estuvieron acompañando a Vasconcelos por las calles de Córdoba aquella noche en la primavera de 1922.

¿Cómo se cita este artículo?

YANKELEVICH, P. (2018). Estamos pisando sobre una revolución. México y el reformismo universitario argentino de 1918. *Argumentos: revista de crítica social*, 20, 158-180. Recuperado de: [link]

Bibliografía

- Aricó, J. (1982). *Marx y América Latina*. México: Alianza.
- Bergel, M. (2015). *El oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en Argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Bustelo, N. (2014). "La Reforma Universitaria desde sus grupos y revistas: Una reconstrucción de los proyectos y las disputas del movimiento estudiantil porteño de las primeras décadas del siglo XX (1914-1928)", (Tesis de Doctorado en Historia, no publicada), UNLP, La Plata.
- Concheiro, E, Modonesi, M y Crespo, H. (Coords.) (2007). *El comunismo: otras miradas desde América Latina*. México: UNAM.
- Cosío Villegas, D. (1966). "La crisis de México" en *Ensayos y Notas I*, México: Hermes.
- Cosío Villegas, D. (1977). *Memorias*. México: Joaquín Mortiz.
- Díaz Arciniega, V. (1993). Don Arnaldo Orfila Reynal: la huella indeleble. *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*, 270.
- Federación Universitaria Argentina, (1959). "Manifiesto Liminar de la Reforma Universitaria". En *La Reforma Universitaria. 1918-1958*, Buenos Aires: FUA.
- Fell, C. (1989). *José Vasconcelos. Los años del águila*. México: UNAM.
- Funes, P. (2006). *Salvar la nación: intelectuales, cultura y política en los años veinte*, Buenos Aires: Prometeo.
- Hatzky, Ch. (2008). *Julio Antonio Mella. Una Biografía*, Santiago de Cuba: Oriente.
- Henríquez Ureña, P. (1925). *La Utopía de América*, La Plata: Estudiantina.
- Henríquez Ureña, P. (1960). "El amigo argentino". En *Obra Crítica*, México: FCE.
- Ingenieros, J. (1922). Por la Unión Latinoamericana. *Revista de Filosofía*, VIII, (VI).
- Kersffeld, D. (2012). *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*, México: Siglo XXI.
- Krauze, E. (1991). *Daniel Cosío Villegas, Una biografía intelectual*, México: FCE.
- Marsiske, R. (1989). *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México. 1918-1929*, México: UNAM.

Melgar Bao, R. (1980). Mariátegui y la Internacional Comunista. *Revista Nuestra América*, 2.

Melgar Bao, R. (2003). *Redes e imaginario de Haya de la Torre en México y América Latina: 1934-1940*, Buenos Aires: Libros en Red.

Mella, J. A. (1978). ¿Puede ser un hecho la Reforma Universitaria? En Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y Política en América Latina*, México: Siglo XXI.

Moraga Valle, F. (2014). "Reforma desde el sur, revolución desde el norte. El Primer Congreso Internacional de Estudiantes de 1921". *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, (47), pp. 155-195.

Neubauer, C. G. (2018). "Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes en Argentina (1924-1930): una presencia de México en el Río de la Plata". *Secuencia*, (101), pp. 136-166.

Portantiero, J.C. (1978). *Estudiantes y Política en América Latina*, México: Siglo XXI.

Ribera Mir, S. N. (2014). "*Militantes radicales de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*", (Tesis Doctoral en Historia, no publicada), El Colegio de México, México.

Sánchez, L. A. (1934). *Haya de la Torre o el Político*, Santiago de Chile: Ercilla.

Secretaría de Educación Pública, México. (1923). *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, 1, (3), p. 750.

Silva Castro, R. (1922). "La visita del señor Vasconcelos". *Claridad*, 3, (76), p. 3.

Sosa León, M. (2006). *La crisis diplomática entre Venezuela y México, 1920-1935*, Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Ugarte, M. (1922). *Mi campaña hispanoamericana*, Barcelona: Cervantes.

Vasconcelos, J. (1921a). "Discurso pronunciado en la Fiesta de la Raza". *Boletín de la Universidad*, Universidad Nacional de México, 1, (3), pp. 178 y179.

Vasconcelos, J. (1921b). "Excitativa del Rector de la Universidad Nacional a la intelectualidad mexicana". *Boletín de la Universidad*, Universidad Nacional de México, 2, (5), pp. 190 y191.

Vasconcelos, J. (1925). *La Raza Cósmica, Misión de la raza Iberoamericana. Notas de viajes a la América del Sur*, Barcelona: Agencia Mundial de Librería.

Vasconcelos, J. (1982). *El Desastre*, México: FCE.

Yankelevich, P. (1995). "Una mirada argentina de la revolución mexicana. La gesta de Manuel Ugarte (1910-1917)". En *Historia Mexicana* (pp. 645-676), México: El Colegio de México.

Artículos de diario

La Voz del Interior, Córdoba, 6 de octubre de 1922

Excelsior, México, 14 de octubre de 1920.

Excélsior, México, 8 de mayo de 1921.

Excélsior, Tegucigalpa, 31 de agosto de 1921.

Los Principios, Córdoba, 5 de octubre de 1922.

El Tiempo, Lima, 17 de julio de 1917

El Mercurio, Santiago de Chile, 5 de agosto 1917.

La Unión, Buenos Aires, 4 de octubre de 1917

El Universal, México, 12 de septiembre de 1918.

El Universal, México, 1 de septiembre 1921.

El Demócrata, México, 15 de octubre de 1920.

El Demócrata, México, 16 de octubre de 1920

El Demócrata, México, 29 de abril de 1921.

El Diario Ilustrado, Santiago de Chile, 5 de noviembre de 1922.

Fuentes documentales

Archivo General de la Nación, México, *Grupo Documental Álvaro Obregón*, (AGN-GDAO), expediente 121-E-P-18, folio 2.945.

AHIF - Archivo Histórico Isidro Fabela, México (AHIF), expediente IF/IV.7-008.

ASREM-AREMARG - *Archivo Histórico-Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina*, 1918-1921, legajo 16, expediente, folio 199.

ASREM-AREMARG - *Archivo Histórico-Diplomático de la Secretaría de Relaciones Exteriores. Archivo de la Embajada Mexicana en Argentina*, 1922, legajo 18, expediente 1, folios 57-58; y legajo 19, expediente 4, folio 46.

ASREM, Estudiantes, expedientes 18-22-71 y 21-5-124.

Universidad Nacional de México (1921), *Boletín de la Universidad*, 1, (3), pp. 239 a 288.

Universidad Nacional de México (1921). "Palabras de Ripa Alberdi, presidente de la delegación argentina" *Boletín de la Universidad*, 3, (7), pp. 83, 86 y 90.

Universidad Nacional de México (1921). "Resoluciones del Primer Congreso Internacional de Estudiantes". *Boletín de la Universidad*, 3, (7), pp. 69-75.

Universidad Nacional de México (1921), "Discurso de bienvenida pronunciado por el rector de la Universidad Nacional", *Boletín de la Universidad*, 3, (7), pp. 79-83.